

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

*Las pirañas*

Barcelona, Seix Barral, 1992, 435 pp.

¿Qué es lo que le queda a un hombre que ha ido “dimitiendo de la fidelidad a los propios sueños”, a “un estudiante ful que quería otra cosa, no estudiar para picapleitos”, a “uno más, un miembro cualificado de la pecera”, a “un débil mental que necesita afecto”, con un “miedo atávico a la vida”, a un fracasado en todos los planos de su existencia, “parásito, gorrón, sopista”, cocainómano, borracho..., en fin, a un individuo que tras sus expediciones nocturnas cara a cara con su podredumbre practica esa filosofía del “mañana empezaré de nuevo, mañana empezaré en serio”, consciente, sin embargo, de su propio autoengaño? Para Perico de Alejandría, el narrador-testigo de *Las pirañas*, un grotesco asesinato a navajazos, a traición, como el mordisco de la piraña, al grito conclusivo de “No tengo nada, nada”.

Y esta respuesta será la que deje paso a la radiografía parcial de una sociedad que se cuestiona a sí misma en este nuevo “fin de siglo”. Porque, si bien temáticamente la novela no viene a ser más que el lamento elegíaco de un personaje (“nuestro hombre”) a lo largo de cuatro jornadas, los conflictos que “los viejos demonios de la soledad, la ruleta rusa, el alcohol, el sexo, el dinero” crean en él, le sirven al narrador para recorrer “nuestra España profunda”, para acercarse a la ciudad a través de sus costumbres, de los olores de los bares, de los ruidos de “este país de las pirañas” en el que podemos encontrar “la ETA, los vascos, la corrupción, la opción de progreso de los socialistas, los balcanes, el Extremo Oriente, José Van Damm, el Imperio americano...” junto a la incursión en un mundo subterráneo lleno de “sifilíticos, sidáticos, tuberculosos, alcohólicos, ludópatas, prostitutas...”

Un recorrido a su vez que deja lugar, en ocasiones, a lúcidas apreciaciones sobre determinadas conductas humanas, a la corrosiva desacralización de valores como el amor sublimado, a resaltar la hipocresía del comportamiento cívico, la obsesiva ambición que basa su interés en la propia autodestrucción o la perfecta planificación de una sociedad camaleónica y progresista que interesadamente deja entrevelado su lado más oscuro.

Novela, por otra parte, estructuralmente ambiciosa, que da cabida a la intromisión de un narrador en primera instancia, provocador, agresivo e incluso insultante, que desde su privilegiada perspectiva infiltra de manera dispersa la información. Todo ello vertido en una escritura desorbitada al extremo, vehiculada por un monólogo interior torrencial, y cuyo recurso fundamental es el exceso por acumulación de modismos, nombres, giros, subordinación de frases, que articulan insistencias, variaciones, retornos, creando un discurso oprimente por el que corren las obsesiones y la visión del mundo del personaje.

Pero el logro final configura una arquitectura no pocas veces endeble y el recurso estilístico de la exageración potencia un proceso de lectura lento y tedioso. Quizá porque, en definitiva, el alcance mayor de la novela reside en la plasmación de una temática, presente ya en la obra precedente de Miguel Sánchez-Ostiz, que aquí se intensifica y resume en ese *descensus ad inferos*: "este viaje, digo, en pos de nuestro hombre, de nuestro fenómeno particular, de nuestra víctima al fin y al cabo, es tan sólo un viaje al lado enfermo de la vida".

BEGOÑA SÁEZ-XELO CANDEL